

meditar en mi situación. Había que despedirse de la secretaría del Ayuntamiento y de la notaría de la parroquia; no había que pensar en llenar *planillas* cobrando por autorización y cotejo, por vista de antecedentes ó por expedición de testimonio; me estaban impedidas las miras hacia la vida cómoda y quieta, la existencia tranquila y el bienestar ordenado y monótono.

En cambio se me abría un camino nuevo que podría conducir á una sima, pero que también podría llevar á la riqueza, al placer, y á los goces todos. Y espoleado por el afán que nos obliga en la juventud á buscar aventuras y lances arriesgados, me decidí á correr mundo y á luchar por ser un hombre. De menos nos había hecho Dios.

Entretanto me dí á leer con ardor sin ejemplo *Las Noches* de Young, los cantos de Ossian, los dramas de Dumas y los novelones del Vizconde D'Arlincourt.

No necesitaba tanto mi pobre imaginación para correr desenfrenada por el campo de la locura. Empecé por apostrofar á los elementos, por encararme con la noche, por decirles de tú al sol y á la luna; luego me metí á componer los versos más patibularios y melancólicos que hayan salido del numen de romántico melenudo, y acabé por maldecir de Dios, de los hombres, de la naturaleza y de la sociedad. Hasta me parece (lo diré aunque cause escándalo) que escribí alguna rapsodia en que me lamen-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

— Pos dice la niña que si *l'amo* le dispensa una palabrita



taba de que por ser hijo natural, como Antony, no podía llegar á la mujer que amaba. ¡Yo que procedía de padres casados y velados, y á quien todos conocían como las más honradas personas del mundo!

Luego me dí á vagar por montes y vericuetos, á explorar cuevas ocultas, donde se decía que los ladrones habían dejado tesoros en plata y oro, á bajar hasta el fondo de barrancos y á sombrearme bajo árboles plantados á la orilla de arroyuelos mezquinos.

Una tarde, que regresaba despeado y muerto de hambre, vi en una casita pobre y oculta entre mezquites á una viejecilla y á unos mocosuelos panzudos con camisa hasta el ombligo, sombrero de palma á manera de yelmo de Mambrino y pies en el suelo. La mujer, una india más vieja que el andar á pie, alguna seña hizo al mirarme; los chicos empezaron á decir «ahí viene, mama», á grito herido, y al fin salió un indiazco que me dijo enseñándome la batería de sus blancos dientes:

— *Pos dice la niña que si *l'amo* le dispensa una palabrita.*

Entonces recordé; sí, aquella era la casa de la nana de Trini, aquella vieja era la madre de Juana y el grandullón aquel el marido de la mujer.

Me condujo el bárbaro, que tenía en la mano una trenza de sombrero de palma á medio hacer, por un patiecillo en que abundaban los *tepalcates*, los vidrios de

botella y los pedazos de trapo; y me hizo atravesar un corral en que media docena de gallinas y un gallo *búlique* trepaban á lo alto de un mezquite en medio de inmensa algarabía.

— Eh, *Tumba calzones...* *Cuele*, Centinela...

Y despidió una piedra que golpeó á uno de los *ix-cuintles* amarillos que empezaron á ladrarme. Mientras el chucho se alejaba aullando, yo salté una cerca de espinos y llegué á un jacal donde ardía suficiente ración de leña y gorgoriteaba una olla llena de *nixtamal*.

Permanecí un buen rato contemplando el suelo manchado de *nejayote* y á uno de la *vista baja* que devoraba unos cuantos granos de maíz, cuando me obligó á voltear una voz conocida, gratísima, harmónica como ninguna, una voz que decía:

— Juan, Juanito; por acá, tonto. ¿Qué, no miras?

En la ventana del jacal, rodeada de yedras azules y de jazmines blancos, estaba Trini. Me parece que llevaba un túnico de muselina; creo que estaba peinada de *cachirulos*; pero confieso que no tuve voz, ni sentidos, ni potencias para examinarla; mientras tanto ella, roja y emocionada, pero firme, sonreía entre lágrimas.

— Que te casan, que te van á casar... ¿Me dejarás? Dime con quién piensan casarte para que yo lo impida... para que mate á ese, le dije con furia.

— Qué matar; pero, ¿quién habla aquí de muertes? Si

todo va á arreglarse, si no va á haber necesidad de violencias ni de cosas feas. A ti no más te quiero, y á ti no más querré siempre... Mira, mi padre con sus cejas fruncidas y mi madre con sus extremos y sus cariños, no han de labrar tanto así, ni el canto de esta uñita, en mi alma que te he dado... ¿Que cómo me las compondré para ponerlos de mi parte? Quién sabe; el tiempo, el cariño que te tengo, qué sé yo, han de acabar por rendirlos. Chiquita como soy, tengo mucha fibra, mucha energía... Te digo que vas á tener trabajo para deshacerte de mí... Si tú no me conoces, si no sabes que soy muy *sostenida*... Yo



TRINI

heredé el genio de mi padrecito, que es de hierro para todo. ¿No lo ves contigo? Te quiso, te llenó de beneficios, y el día que creyó que lo habías ofendido no volvió á hablar de ti... porque no creas, no ha vuelto á mencionarte para bien ni para mal... Eso sí, cuidado con trai-

cioncillas y embelecós. El día que sepa que no me quieres ó quieres á otra, si te he visto, no me acuerdo... Me parecerá que te han cambiado, que te han vuelto otro; y como á quien yo quiero es á ti, ningún trabajo me costará olvidarte... No creas, yo esperaba lo que pasó, lo sabía, lo presentía; pero lo aguardaba con susto mezclado de gusto... Luchar con los otros, demostrarles que puedo más que ellos aunque sea sólo por *caprichuda*, es mi placer, es mi gloria... ¿Te acuerdas que cuando jugábamos yo hacía de *jefa*, de capitana? Pues esa, esa es mi vocación; nací para pelear... Vengan penitas, vengan, que aquí está para resistirlas esta chiquilla... Conque, quíreme, y lo demás no importa.

Cuando le dije que quizás saldría del pueblo, que pensaba buscar fortuna fuera, lejos de amilanarse ó sentirse desanimada, la madamita se alegró y me impulsó á ello.

— Sí, correr mundo, hacerte hombre, vivir la vida... ¿qué cosa mejor? Y cuando vengas por mí le probaremos á mi señor padre que los monigotes armados de porras, y el oro y el gules, y los losanges y las barras del mamarracho de escudo en que él se extasía, nada valen ante dos chiquillos que bien se quieren y que hacen maldito el caso de dineros, de mayorazgos y de vejeces.

Cuando le conté que me dedicaba á hacer versos, leyó trabajosamente, á la luz del crepúsculo, que se convertía

en noche cerrada á más andar, una composicioncilla mía, y me dijo:

— ¿Conque esta Laura soy yo? Haces bien en cambiarme el nombre, que el mío es antipático hasta por intención. Y qué bonito eso de que se lea en la orillita lo de *Juro amarte hasta la muerte*... ¿Pentacrósticas laberínticas dices que se llaman estas cosillas? Pues son *chulísimas*... ¿Sabes lo que no me gusta? Eso que hablas allí de torcedores celos y de corazón lacerado, y de llamar á la señora Atropos para que, cortando el hilo de nuestras existencias, nos haga morir juntos... Yo no quiero morirme, quiero vivir, vivir contigo y morirme contigo, viejecita, después de haber corrido muchos riesgos y sufrido muchas persecuciones y haber vencido á muchos enemigos...

No sé qué más nos diríamos. Trini acabó por citarme para la tapia de su casa que daba hacia el arroyo y allí nos hablábamos diariamente, después de comer.

Siempre las mismas protestas de mi parte, siempre las mismas energías de la suya. Por fin, un día le anuncié que salía para Guadalajara llevando por todo viático unos cuantos dinerillos que me había agenciado mi padre, y una carta de Fray Martín Luna para un señorón de aquella tierra, el general don Juan Suárez y Navarro, persona de gran valimiento y de más conchas que un galápago.

Trini no llegó á entristecerse, ó al menos no me dió á conocer su tristeza.

— Bien, chiquillo, me dijo; haces bien. Y ándale muy por el oído á ese señorón que dices, que si como me cuentas es el arréglalo todo del general Santa Anna, te puede poner muy pronto en candelero, si acaso el dicho general viene desde Turbaco ó donde dicen que está... Sólo te recomiendo que cuando seas general ó gobernador de algún departamento, ó mandes miles y *quimiles* de hombres, te acuerdes de esta rancherilla que te quiere...

Sólo un momento la vi flaquear: cuando al despedirnos me entregó un saquito que contenía cera de *Agnus*, una medalla bendita y una medida de Jesús Nazareno.

— Adiós, Juanillo, me dijo palideciendo; adiós y quiéreme mucho.

Desasíó violentamente su mano de mi mano, de manera que dí en el aire el beso que le destinaba, y se metió de prisa al cuarto de los *triques* viejos.

No sé si sería realidad ó ilusión; pero todavía me pareció percibir su falda de color de crema al perderse la adorada silueta entre la balumba de cajas y baúles que llenaban la estancia.

Luego, á pesar de ser pleno día, sentí como si el sol se hubiera opacado repentinamente, convirtiéndose en un lampo de luz amarillenta; después eché á andar, luego llegué á mi casa cuando encendían la gran farola del corredor. No quise tomar los *chilaquiles* y la carne asada de todas las noches, alegando desgana; y me metí en la

cama para soñar en aquella criatura de Dios que había venido á ser un ángel en medio de mi noche.

¡Con qué veras la llamé, qué ternuras la dije, cómo la agradecí en frases de fuego el real presente de su amor magnánimo y puro!

Era casi de día cuando conseguí pegar los ojos, teniendo todavía en la mano el saquito de terciopelo que encerraba sus memorias. A poco golpearon la puerta y oí una voz que me llamaba diciéndome era ya hora de salir.

No en coche como la primera vez, sino en un menegado caballejo, emprendí la vuelta de Guadalajara. En Tlaxochimaco se quedaban amores, ilusiones, placer, cariños santos; pero había que aceptar el lote de penas y de aflicciones que destina la suerte á todos los hombres.

Y cuando vi perderse á lo lejos la torre enjalbegada, las cruces del cementerio, los árboles riberiegos del río patrio, y esfumarse las montañas familiares, sentí un nudo en la garganta y una emoción en el pecho, que no se parecían á mis ansias y mis impulsos de tiempos mejores, cuando no veía ante mí aquellas negruras de la vida que columbraba ahora.

